



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IV – La cabalgada de los Hijos de Isma'il

3 – La balada de los despellejados

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2019
Número de páginas: 11
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

3 – La balada de los despellejados



Otmân salió de casa del visir muy poco satisfecho con los pasos a seguir que este último le había trazado. Seguido de sus palafreneros, y llevando el dinero del impuesto, las cabezas de los beduinos y el pellejo, partió hacia el serrallo de Bâdís El-Subki¹ para pasar allí la noche; pero antes de irse a dormir, se ocupó en rellenar de paja las cabezas y el pellejo de Jidr. A la mañana siguiente, se levantó al alba, clavó cada cabeza en la punta de un bastón; vistió los despojos de Jidr, le tocó con la *keffieh* y el ‘*ogâl*’², le puso el sable en bandolera, y le colocó sobre un caballo.

Hecho esto, se fue a la bolsa del kif, un café frecuentado por los fumadores de hachís³; entró como un huracán, el garrote al hombro.

- ¡Ey! ¡La panza con vosotros, muchachos! –les gritó con voz tonante.

¡El aterrizaje de Otmân allí fue brutal para aquellos pobres pelagatos que andaban apaciblemente fumados!

- ¡La paz, la paz sea también contigo *osta* Otmân! ¡Muy buenas, Flor de Truhanes del Cairo!

- ¿No sus habéis enterao, muchachos?

- Estooo..., pues no, Otmân.

- ¡Vale, vale, d’acuerdo! Pos es qu’el soldao s’ha cargao al Hâch La Verdura, y amás ha jodío, bien jodío a una montoná e duinosbe⁴, ¡y no veas lo que s’hagarrao en moneas doráitas! ¡Sí, sí! ¡Hasta cuarenta sacos! ¡Güeno, compadres, y ahora, hay qu’abrirse!

- ¿Y dónde quieres que vayamos tan temprano, Otmân?

- Como sus he dicho, mi soldao ha tomao Mahalla, ha recogío cuarenta sacos d’oro p’al jefe Sâleh y allí mesmo m’ha dicho de traérselos. Solo qu’el bos Sâleh es un viejo chocho, está medio pallá, y si le doy asín to el oro, pue ser que s’olvide y cuando el soldao vuelva, le diga qu’él no ha recebío la pasta. “No, el va a decir, ¡tú no m’has mandao na de na!”. Con que vosotros sus váis a venir conmigo, pa cargar ca uno con un saco colgao de un palo. Asín la gente lo verá bien, y si el otro tonto’l haba se quíe hacer el inocente, tos vosotros seréis testigos de que no tié razón, y el soldao no podrá decirme na.

¹ Palacio de Baïbars en El Cairo.

² Rodete hecho con un cordón grueso, que sirve para sujetar la keffieh a la cabeza; es un atuendo típicamente beduino.

³ El hachís es para los vagabundos de las ciudades de Oriente, lo que el vino tinto para sus homólogos en nuestras ciudades.

⁴ En el lenguaje de Otmân: beduinos.

- Escucha, Otmân, sé amable, déjanos tranquilos, ahora mismo estamos muy fumaos...

- Sí, y la mandanga cuesta un güevo pasta, ¿no? Venga, muchachos, dejar ahí las pipas, y venir conmigo a llevar la lana. El soldao no es un perro, os va a filar bien de guita por vuestro curro; luego podéis volver p'aquí y haceros una güena fumeta. ¡Eh, muchachos! ¿lo habéis pillao? ¡Pa el kif hace falta guita!, ¡y la guita está con nosotros! ¡Pos claro que sí! ¡Vale, pos ahora venir pa llevar la mercancía! ¡Vamos, vamos, cargar los sacos! Vosotros me conocéis, soy el *osta* Otmân, y dend'este momento soy, como quien dice, vuestro invitao.

- Bienvenido, bienvenido, *osta* Otmân –contestaron los fumadores de hachís, que al final habían comprendido-. Te seguimos hasta la muerte, porque tú eres el más pícaro, eres la Flor de los Truhanes del Cairo... Y dinos, Otmân, ¿cuánto nos vas a pasar a cada uno?

- ¡Eh! ¡Eh! –dijo Otmân guiñando un ojo, no es mi pasta, ni la de mi banco, es la del soldao que la tie a montones, pero yo pueo hacer ahora un gesto... venga, ¿qué tal diez ases por relleno pipa? ¿sus conviene?

Los otros se levantaron como un solo hombre y siguieron tras los pasos de Otmân, que les condujo todo derecho, hasta el serrallo de Bâdís. Llamó a sus hombres y les dijo que trajeran los sacos que estaban clavados en los palos, para dárselos a los fumadores de hachís.

- ¡Eh, muchachos! –les dijo-, espabilaros un poco, tengo que deciros algo. ¡Eh!, ¿m'escucháis? Vale, bueno, ¡pos el primero que levante la nariz, por el secreto la Dama, que le arreban el pescuezo! ¿Entendió?, ¿eh? ¡Prohibió mirar p'arriba, tenéis que mirar p'alante vuestros pies, y ya'stá!

- De acuerdo, *osta* Otmân.

Cargó a cada uno con un palo, se aseguró de que Jidr estuviese bien sujeto a su cabalgadura, con el atuendo que ya habíamos descrito; ordenó a Harhash que lo siguiera muy de cerca y que velara porque no se fuera a caer de la montura, y se pusieron en marcha hacia la casa del cadí.

Cuando estaban a medio camino, uno de los vagabundos susurró a su vecino:

- Psst, ¡Hâch Rajab!

- ¿Qué quieres, Hâch Shaabân?

- Dime, viejo, ¿tú crees que podrías abrirte con tu saco?

- ¿Y cómo quieres que lo haga, con la Flor de los Truhanes del Cairo encima de mí?

- ¡Eso es pan comido! Yo me pongo delante de ti, y tú desapareces por esa callejuela de ahí abajo. Yo me reúno contigo más adelante, nos repartimos la guita y ¡buenos días, señor kif!

- ¡De acuerdo, marchando!

Y en el siguiente cruce, desapareció por un callejón. Por supuesto que estos manejos no se le habían escapado a Otmân.

- ¡Pobre menda, vete, vete! –se dijo Otmân riéndose para sus adentros-. Esa jugada ya me la he hecho yo antes que tú –y siguió su camino como si no hubiera visto nada.

En cuanto a Rajâb, pues enfiló hasta el final de la calleja, torció en el primer cruce y, creyendo que ya no le podían ver, se detuvo.

- Por el Profeta –se dijo-, ¡ya puede esperar sentado ese cornudo a que le pase su parte! ¡Porque yo he corrido todos los riesgos, y si el *osta* Otmân me hubiera visto, me habría liquidado!

Una vez tomada esta decisión, miró hacia lo alto del palo, creyendo que encontraría un saco de oro... pero lo único que vio fue una cabeza barbuda, que parecía abalanzarse hacia él. Como todavía andaba bajo los efectos del hachís, no se dio cuenta de que esa cabeza estaba clavada en el extremo del palo, y se pensó que alguien se asomaba a la ventana de la casa vecina para robarle su oro.

- ¡Ey –se dijo-, ese tipejo de ahí arriba quiere robarme! ¡Pero bueno! ¡Ni se te ocurra tocar eso, cerdo asqueroso! –le gritó, agitando los brazos. El otro, evidentemente, ni se movió.

- ¡Eh, tú, feo barbudo, déjame en paz; es la *plata* del *osta* Otmân y como la toques de revienta el molondro!

Pero ya podía gritar y echar pestes, que el otro no se marchaba.

- ¡Eh, lárgate de una vez! ¡así te lleve la peste! –gritó Rajâb haciendo un fuerte movimiento con el palo.

En ese momento, la cabeza se desenganchó, pasó por la ventana de la casa vecina, y fue a aterrizar justo delante de un buen hombre que, después de haber cumplido con sus plegarias matutinas, andaba haciendo sus invocaciones finales:

- ¡Señor, dame con qué alimentar a mi familia! ¡Señor, concédeme en el día de hoy obtener buenas y lícitas ganancias!

Y no había acabado de pronunciar estas últimas palabras, cuando la cabeza le fue a caer justo en sus rodillas. El pobre hombre quedó tan aterrorizado, que durante un momento perdió el habla y comenzó a proferir gritos inarticulados. Su mujer, que todavía dormía, se despertó sobresaltada.

- ¡Qué pasa, hombre mío! ¿qué te sucede? –le preguntó.

Pero el hombre era incapaz de pronunciar una sola palabra.

- ¡Pero bueno, vamos a ver, al menos podrías responder cuando te preguntan!, ¿no? ¿te has vuelto loco, o qué?

La mujer se levantó de la cama para ir a ver lo que pasaba y vio la cabeza en el suelo.

Pero hete aquí que esta mujer era una de esas robustas comadres a las que no les impresiona nada; así que agarró la cabeza, como si tal cosa, y la arrojó por donde había venido.

- A ver, hombretón mío, ¿no era más que eso? ¡Tantos gritos por una miserable cabeza de muerto! ¡Madre mía! ¡mira que irme a tocar un gallina como éste!

- ¡Pero bueno! Señor, esto sí que tiene gracia –decía el hombre por su lado-. ¡Yo te ruego que me proporciones unas ganancias lícitas, y todo lo que se te ocurre es mandarme la cabeza de un muerto! ¡Pues muy bien! ¡Si eso es todo lo que me vas a ofrecer, de ahora en adelante no pienso rezarte nunca más!

Y en cuanto a la cabeza, pues volvió a caer delante de Rajâb, que la miró detenidamente, y acabó por comprender:

- Eso..., eso es una cabeza de muerto. ¡Otra vez nos ha engañado el *osta* Otmân!

Entonces a Rajâb le entró tal ataque de miedo que, reuniendo todo su arrojo, clavó de nuevo la cabeza en el palo y se fue a buscar a su compañero.

- Anda, ¿otra vez aquí con el saco?

- ¡Qué va, no son sacos!

- ¿Pues qué son?

- ¡Cabezas de muertos!

El otro levantó la cabeza, se fijó bien y se dijo:

- ¡Puta mañana, me has jodido mi kif! Muchachos, echarle un ojo a la punta de los palos; ¡ahí no hay sacos, sólo cabezas de muertos!

Todos estuvieron a punto de morir del susto y se deshicieron en maldiciones.

- Piedad, *osta* Otmân –le dijeron, intentando deshacerse de esas cabezas.

- Ay, cerditos míos, ¡por el Secreto la Dama, al primero que intente abrirse, lo pesco y le trabajo la riñóná!

- ¡Piedad!

- A callarse, y adelante.

Cuando llegaron ante el palacio del cadí, Otmân colgó una decena de cabezas alrededor de la puerta; ordenó a todo el mundo que se escondiera, hizo avanzar el cadáver de Jidr, siempre bien sujeto a su caballo, y pegó en la puerta un tremendo golpe con la aldaba, que retumbó en todo el edificio.

- ¿Qué es esto? –chilló el portero.

- ¡Eh, cadi, ven a echar una ojeá! –gritó Otmân.

Este último se acababa de despertar; llamó al portero y le preguntó que qué pasaba.

- Señor –respondió-, alguien pregunta por ti.

El cadi se dirigió hacia la puerta, aún con la ropa de dormir.

- ¿Quién podrá ser ese patán impertinente? –se decía para su colete-. ¿Es que se cree que se puede molestar a la gente a estas horas?

Mientras tanto, Otmân también se había ocultado; así que cuando el cadí abrió la puerta, sólo vio a un caballero vestido como un emir beduino, tocado con la *keffieh* y el 'ogal, el sable en bandolera, y la capa en los hombros. Mirándolo mejor, reconoció a Jidr El-Buhayri; en efecto, había tenido la ocasión de encontrarse con él anteriormente, durante una de sus estancias en El Cairo.

- ¡Bienvenido, emir Jidr El-Buhayri! –exclamó con una amplia sonrisa-. Y dime ¿qué nuevas te traen por aquí? ¿Has conseguido liquidar a ese esclavillo bastardo de Baïbars? ¿Cómo lo has hecho?

El otro, como era evidente, no respondió nada. El cadi le repitió las preguntas una vez, dos veces... y de pronto, vio a Otmân saltar de su escondite como un matasuegras de su caja.

- ¡Eh, anda y que te despellejen, cadi e mi culo, cipote mal retajao, chulo mierda! ¡Mírale bien a tu Hâch La Verdura, al que mandasteis un *pelpa*¹ tú y el otro chulo, el Nébak², pa liquidar al soldao! ¡Es un pellejo relleno paja! Sí; escucha eso, mierda cadi, y no se t'ocurra montar una 'scandalera; ¡el soldao se lo ha cargao, y l'ha sacao un tío por el culo! ¡Ay, miatú por donde, cuánto me gustaría hacerte lo mesmo un día! ¡Sí! ¡Y más aún ver que el güen Dios te maldijera! ¡Pero mira, piazó cabrón, fíjate bien! ¡Esas son las cocorotas de sus hombres!

El cadi alzó la vista y se encontró con la guirnalda de cabezas suspendida sobre el dintel de la puerta. En un instante se dio cuenta de toda la situación; entonces, perdió toda su sangre fría, y cerró la puerta de un golpe.

- ¡Me refugio en Dios de las asechanzas de Satanás el lapidado! –gritaba-. Otmân, miserable criminal, Dios te castigará por esta asquerosa mañana que me has hecho pasar.

Siempre seguido de su banda de maleantes y de fumadores de hachís, Otmân se fue rápidamente al palacio de Aïbak, en donde colgó otra decena de cabezas sobre la

¹ Así llama Otmân a cualquier papel (*pelpa*) escrito: carta, documento, libro...

² Al emir Aïbak, Otmân le llama Nébak.

puerta; tras lo cual, se dirigió a la Ciudadela; allí suspendió las veinte cabezas que quedaban, diez a la derecha y diez a la izquierda; luego trajo una silla y allí instaló el cadáver de Jidr, plácidamente encuadrado por las dos guirnaldas de cabezas. Entonces ordenó a sus hombres que se ocultaran, mientras él lo hacía tras el cadáver. En esas, comenzaron a llegar los dignatarios del reino y los emires para la sesión del Consejo; este macabro espectáculo les dejó perplejos y todos se preguntaban con ansiedad de qué podría ir todo aquello.

En cuanto a Aïbak, esa mañana se montó en su caballo para ir al Consejo, y cuando pasó bajo el arco de la puerta de su casa, se alzó sobre los estribos... y se encontró de narices con una decena de cabezas cortadas. Le dio tal escalofrío que a punto estuvo de caerse de la montura, y se puso a gritar:

- ¡Uy, que Dios me socorrer! ¡*Olân Hâch Salîm!*

Y el portero llegó a todo correr.

- ¡Canalla! ¡Qué ser esas cabezas colgadas en puerta palacio, *Allah bayyin bala versen!*¹

- ¡Por Dios, amo, no sé nada de nada!

- ¡Rápido, quitad eso de ahí! Pero ¿quién saber? ¡Ah, pero yo hoy colgar a quien hacer eso, y escupir en tumba su padre!

El portero se apresuró en descolgar las cabezas, y Aïbak, rumiando sombríos presentimientos, se puso en marcha. Cuando llegó a la puerta de la Ciudadela, se encontró de nuevo con unas cabezas cortadas, así como a Jidr El-Buhayri sentado en una silla. En ese momento le vino una idea a su espesa cabeza: se imaginó que Jidr había matado a Baïbars y que había venido a traerle su cabeza y la de sus compañeros, para reclamarle la recompensa.

- ¡La paz ser con vos, *ya ho!* –le dijo Aïbak. Pero no hubo respuesta.

- ¡*Ya ho*, Jidr-e Bohayri, yo saludar a ti! ¡Cómo va! Espero tú triunfar en misión, ¿cortar cabeza a mariconcete Baïbars? Pero *djânem*, ¿por qué tú traer así cabezas y colgar delante mi palacio, y lo mismo aquí en Ciudadela? Si ser por *bajshís*², ¿deprisa, quitar cabezas de ahí, antes que alguien ver, y esta noche, tú venir a mi palacio, yo hacer a ti gran honor y dar lo que tú pedir!

Mientras Aïbak andaba con ese discurso, llegó el cadí.

- ¡Buenas nuevas, cadí efendi, buenas nuevas! ¡*Echta* Jidr venir y con misión triunfal!

- ¡Pobre tonto! –le espetó el cadí exasperado-. No es Jidr, es su pellejo relleno de paja, y esas cabezas son las de sus lugartenientes. Esta mañana Otmân ha venido y me ha colgado diez cabezas a la puerta de mi palacio. ¡El muy golfante! ¡Me ha dado un susto de muerte, que Dios nos guarde!

¹ En turco: “Que Dios te maldiga”.

² En árabe “propina”.

Apenas había acabado de decir estas palabras el *cadi*, cuando Otmân saltó fuera de su escondite y se plantó delante de ellos.

- ¡Cierra esa boca! ¡chulo, cornúo, polla mal retajá! ¡Pos sí, maldito Nébak, ese pellejo relleno es tu compadre Jidr La Verdura, que t'envía un *pelpa*, pa ti y p'al otro chuleras! ¡El soldao en persona se lo ha cargao con su almondiguilla¹! ¡Y ya pués tener cuidao, más vale que te rindas delante d'él, que si no, te va a sacar un tío del ojete el culo!

- Así pues, Otmân, ¿es Baïbars el que ha castigado de este modo a Jidr?

- ¡Pos sí, colega! Na más que p'haceros reventar de rabia, a ti y al Nébak.

- ¡*Allah bayyin bala versen meserli harami!* –gritó este último fuera de sí.

- ¡Eh, que te pudra la peste! ¡No m'hables en turco, compadre, yo no capisco na de turco!

- ¡*Hayde sekter* maldito cerdo, raza de faraón!

- ¡Y a tu madre, que l'ha enculao, eh, maricón!

El *cadi* le cogió a Aïbak, y los dos entraron en el edificio. No les llegaba la camisa al cuello, porque sabían ya que Baïbars había encontrado la carta que habían enviado a Jidr y temían la cólera del rey.

- Mi querido Aïbak –le dijo el *cadi*-, déjame pasar a mí primero; tú, entrarás detrás poco después; pero, sobre todo, delante del rey, haz como si nada hubiera pasado. Vamos a ver qué nueva treta nos prepara ese canalla de Otmân.

Y el narrador prosiguió su relato de este modo...

De modo que el *cadi* Salâh El-Dîn entro el primero en el salón del Consejo; y fue a hacer una reverencia ante el rey:

- ¡Que la paz sea contigo!

Pero el rey tenía por costumbre no devolver nunca el saludo al *cadi*, y se contentó con responderle:

- Buenos días, *cadi*, buenos días. Así que hoy has tenido una hermosa mañana² ¿no?

Y el *cadi* se fue a sentar en su sitio sin contestar nada. Minutos después, entró Aïbak, y al rato el gran visir.

¹ Es el nombre que Otmân da al *lett* de Damasco de Baïbars. El arma arrojadiza en forma de bola de hierro enganchada a una cadena, que utiliza Baïbars para derribar a sus enemigos, y que Otmân suele llamar “almóndiga” o “almondiguilla”.

² Gracias a los poderes de Hombre Santo que tiene el rey Sâleh, por supuesto que ya está al corriente de los infortunios del *cadi*.

El gran visir, al llegar a la Ciudadela, no había visto nada que se saliera de lo habitual; porque, en efecto, Otmân, después del incidente que acabamos de narrar, volvió a montar a Jidr en su caballo, y a clavar las cabezas en los palos, y luego, se marchó a recuperar las que había colgado delante de los palacios del cadí y de Aïbak. Se las pasó de nuevo a los fumadores de hachís, y se llevó el macabro cortejo en procesión por toda la ciudad, alborotando a la población:

- ¡Hola! ¡güena gente El Cairo, hola! ¡Hola a los rateros, a los enculaos, y a to lo que seáis! ¡Mirar bien este pellejo relleno e paja, es Jidr La Verdura, el soldao l'ha sacao un hombre por el ojo el culo, y esas son las cocorotas e sus lugartenientes, los duinosbe¹! ¡Venir tos a ver; no cuesta ni un rial! ¡Si sus gusta, pos güeno va, y si no, pos así reventéis!

Delante de Otmân, los fumadores de kif brincaban y gesticulaban como posesos; pues habían vuelto a fumar hachís, y creían ver delante de ellos continuamente ríos que intentaban atravesar. En resumen, que aquello era un verdadero pandemónium.

A media mañana, y después de haber desfilado por toda la ciudad, Otmân, volvió a la Ciudadela.

- Quedarse aquí, cerca la entrada –ordenó a los fumadores de hachís-, y cuando yo sus llame, aparecéis a toa pastilla con vuestros palos y sus paráis a la puerta el Consejo.

- ¡Vale! Pero entonces di, Flor de Truhanes, el patrón Sâleh nos va a masacrar.

- ¿Y...? ¿Qué os da más miedo, el jefe Sâleh o diñarla? ¡Como no'stéis aquí sus rebanó el pescuezo!

Y, ocultándose detrás de los despojos de Jidr, que llevaba en el brazo, se dirigió al salón del Consejo, cuyo chambelán, aterrorizado, no se atrevió a impedirle la entrada.

Ese día, El-Sâleh había ido a su Consejo todo vestido de blanco, y parecía de excelente humor. Una vez inaugurada la sesión, no sucedía nada extraordinario, pues ninguno de los emires se atrevía a abordar la cuestión de las cabezas cortadas.

- ¡Que Dios te recompense por tus desvelos, Shâhîn! ¡*Mâ shâ' Allâh, Mâ shâ' Allâh*²! ¡Qué extraordinario invento! ¿Pero de dónde te sacas esas ocurrencias? En fin, ¡Dios es capaz de hacer cosas aún más extraordinarias! ¡Pues sí! ¡Todas las maquinaciones de tus enemigos recaerán sobre su cabeza, y tú sacarás provecho de ello! Pero, no obstante, Hâch Shâhîn, esa historia del pellejo relleno de paja, todavía no la conozco. ¡Así que... sí que hay novedades³!

¹ Otmân llama así a los “beduinos”.

² Literalmente: “¡lo que Dios quiera!” (es decir, “lo que Dios ha querido, se ha cumplido”) Una exclamación de admiración.

³ El rey usa esos extraños monólogos, en los que tanto los elogios, como los insultos, que dirige siempre al gran visir, en realidad van destinados a otros (aquí, a Baïbars). Es una forma de conciliar su conocimiento iniciático con la obligación que tiene de no divulgar el Secreto.

Siguió durante cierto tiempo con este asunto, hasta que, cambiando bruscamente de tema:

- De todos modos, visir, me pregunto qué habrá sido de mi hijo Baïbars; por la gloria de Dios, le echo muchísimo de menos y me gustaría tener nuevas tuyas. Sí, en verdad que quiero bien a ese muchacho... y el cadí también. ¿No es verdad, cadí?

- Sí, desde luego, oh, gran rey. Quiera Dios concederle larga vida.

Apenas había pronunciado esas palabras, cuando Otmân, o más bien Jidr, que llevaba delante de él, apareció en la puerta del salón. El rey, al levantar la mirada, lo vio.

- ¡Sus, por el honor de Dios, Hâch Sâhîn! –exclamó–. Ahí está ese beduino rebelde, el que asesinó a mi primo. ¡Cómo, miserable! ¿No tienes temor de Dios? ¿Cómo te has atrevido a asesinar al emir Husayn? ¿Y qué vienes a hacer al Cairo, canalla? ¿También me quieres matar a mí? ¿Cómo es que mi hijo Baïbars no te ha visto? ¡Pero Dios te castigará! ¡Dios te castigará!

En ese momento, Otmân soltó al Jidr que rodó por tierra.

- ¡Eh, no te preocupes, jefe Sâleh, es el pellejo el Jidr relleno paja! Cucha un poco, compadre... ¡sí! pero antes, ¡la panza con vosotros, jefe Sâleh, gran gatazo y jefe los gatazos¹! ¡La Fâtiha por ti, y na pa tus mamaculos, tus enculaos y tus empaquetaos! ¡Y vos otros, mis coleguetas, mis compadres, a rezar bien la Fâtiha por el Profeta y después to lo que escuchéis será mu güeno! Menos pa ti, cadí, cerdo cipote mal retajao, tú no reces na de na. ¡Lárgate, eh! ¡sucio pelirrojo, berenjena mal pelá! ¡Ojos azules, eso trae mal de ojo! Y, a ver, qué, ¿es que no hay naide aquí pa decirme que le taje en piazos a esa basura?

- ¡Sólo Dios! ¡El Eterno, castiga a los culpables! ¡Dios, el Señor de los Mundos! ¡Éste no es el momento, Otmân! Dime sobre todo quién es ese hombre.

- ¡Qué pasa, jefe Sâleh! ¿Entavía no has comprendío? Es Jidr la Verdura, el que s'ha cargao a tu primo, el denantes jefe l'estricto² e Mahalla. El soldao ha sacao un tipo por el ojete el culo el Jidr y l'ha rellenao el pellejo e paja. Y sabes, ¡más vale que tú l'apoyes, no vaya a pasarte igual!

- Por la gloria de Dios, ya tendré buen cuidado, no te preocupes... ¿Has oído Shâhîn? Ha dicho que nuestro hijo Baïbars ha sacado un buen hombre ¡por el ojete del culo! ¿Qué querrá decir con eso? Me pregunto cómo ha podido...

- Señor –respondió el visir–, supongo que lo ha despellejado vivo.

- Dios mío, Dios mío, ¿se puede despellejar así a un hombre? ¡Por la gloria de Dios, todo esto es bien extraño!

¹ Juego de palabras de Otmân, totalmente intraducible, pues juega con *qitt* (gato en árabe) y *qutb* que designa el “Polo” místico, cúspide de la jerarquía exotérica de los Hombres de Dios. Se trata de una de esas numerosas bromas de uso exclusivo de Otmân para con el rey, y que utilizan ambos cuando están juntos.

² Así es como Otmân llama al “Jefe del distrito de Mahalla”. Ver *Flor de Truhanes*.

- ¡Sí! –repuso Otmân–, y amás ha rebanao la cocorota a tos los duinosbe, sus lugartenientes. ¡Eh, muchachos –gritó a los fumetas–, venir pa ca!

De inmediato, llegaron los fumadores de hachís, blandiendo las cabezas en la punta de los palos, y se amontonaron en la puerta.

- Échale un ojo a to eso, jefe Sâleh –gritó con tono triunfal.

- ¡Protégenos, Señor! ¡Puaj, qué horror! Venga, sacadme eso de aquí.

Rápidamente, los guardias corrieron a recoger los despojos de Jidr y arrojarlo afuera; luego expulsaron a los fumadores de hachís que, todavía provistos de su cargamento, se fueron a esperar a Otmân a la salida, para cobrar su salario.

**** * * * * *

Próximo relato de “La cabalgada de los Hijos de Isma’íl” ...

4 - “Los enredos de Otmân”